

***Corre, chico corre*¹, de Uri Orlev.**

Srúlik, que había pasado la guerra huyendo y escondiéndose bajo el nombre de Yúrek Staniak, finalmente encontró refugio en la casa de la familia Kowalski hasta el fin de la guerra.

Un día lluvioso de otoño llegaron dos hombres en una pequeña furgoneta. Se abrió la puerta y descendió un hombre joven. El conductor se quedó dentro. El hombre se dirigió a Yúrek directamente, presentándose:

- Moshe Frankiel.

Yúrek comprendió al instante de qué iba la cosa.

- Yo no soy judío -dijo- y no me voy contigo a ninguna parte.

El hombre intentó atraparlo, pero él fue más ágil. El hombre se fue, pero la furgoneta, con el conductor dentro, se quedó junto a la casa. Yúrek comprendió que regresaría.

(El hombre regresó con la policía y Yúrek fue llevado a Varsovia, al orfanato de niños judíos).

- Hola, soy la señora Rapaport -dijo y se rio.

- Yo, Yúrek Staniak, seguro que ya lo sabe.

- Sí, lo sé.

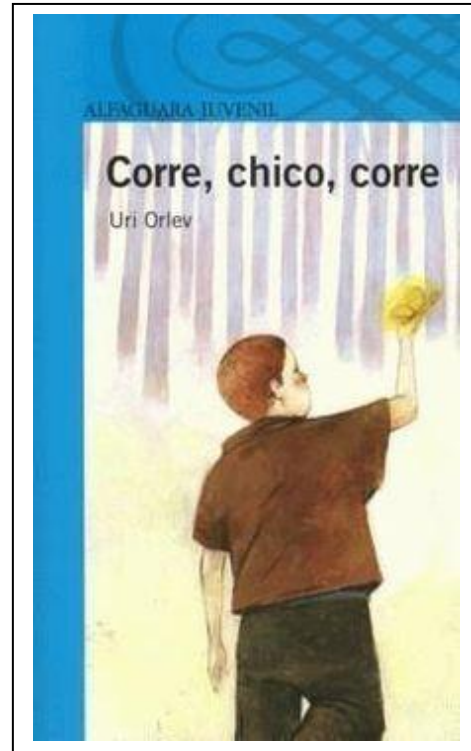
Le tomó la mano y se la acarició. Él no la retiró.

- Yúrek -le dijo-, he visto muchos niños perdidos, como tú. Niños que no saben quiénes son sus padres, de dónde vienen, que han vagabundado por bosques y aldeas o que estaban escondidos en casas de gente buena. Hemos encontrado algunos en monasterios y hospicios. Niñas, sobre todo. Tú ya sabes por qué.

- Lo sé.

- Yo sé cómo te duele. Lo comprendo.

Comenzó a hablar con voz suave y protectora. Él todavía no asimilaba las palabras, era sólo un suave rumor que fluía y le acompañaba como una melodía en sordina. Notaba cómo la calidez de la mano de ella se transmitía a la suya y ascendía hasta hacerle un nudo en la garganta. Sin comprender lo que le ocurría, las lágrimas empezaron a deslizarse por sus mejillas. La señora Rapaport se levantó de la silla, se colocó frente a él y le acarició la cara y la cabeza. Yúrek emitió unos extraños gemidos. Notó que en su interior algo se hacía jirones, todo él desnudo y desgarrado, desamparado. En vano intentó retroceder, aislarse. No controlaba la situación y, de repente, todas sus defensas se vinieron abajo y se entregó a la sensación de impotencia, debilidad y pérdida que fluía con sus lágrimas. La señora Rapaport apoyó la cabeza en su hombro y él se echó a llorar. Ella también. De golpe, sin proponérselo,



¹ Ed. Santillana, Madrid, 2005.

Yúrek rompió a hablar. Ella ya no estaba frente a él, sino en la cama, a su lado y el niño tenía la cabeza en sus rodillas. Le contó todo aquello que recordaba y que había olvidado.

- ¿Te acuerdas de tu nombre?
- No.
- ¿Tenías hermanos y hermanas?
- Sí, pero no recuerdo sus nombres.
- ¿De dónde eres?

Se acordaba del nombre del pueblo. Ahora veía el horno, a su padre, iluminado por el fuego, la herrería cercana, su casa y, enfrente, la tiendecita de la señora Staniak. Intentó también poner rostro a las figuras. Vio a su abuelo, con la larga barba blanca, vio a su madre e intentó recordar los rasgos de su rostro. Le pareció ver las caras de sus hermanos, pero se esfumaban en la niebla y no conseguía recordar sus nombres. Después recordó a su padre, echado en la cama, durmiendo y dejando escapar unos ronquidos cómicos, que a menudo parecían los chirridos de una máquina de tren. Se veía a sí mismo subiendo a su cama, arrancando una brizna de paja del colchón y haciéndole cosquillas en el fino bigote. De repente, el rostro de su padre se transformó y Yúrek vio sus ojos verdes clavados en su cara, sintió su respiración y su voz diciendo: “Tienes que sobrevivir, Yúrek”. “No, no”, dijo Yúrek. Había sobrevivido, pero a costa de olvidar su nombre, los de sus hermanos y hermanas, incluso el rostro de su madre, tragado por el vacío que se formó en su interior cuando desapareció.

Yúrek se sentó y se secó las lágrimas con la mano. Intentó explicar a la señora Rapaport con frases entrecortadas lo que había vislumbrado en sus recuerdos.

- Has dicho Blonie. Si vamos, ¿lo reconocerás?
- Sí -dijo-, conozco la casa y el horno también. Al lado había una herrería.
- ¿Estás preparado para ir ahora?

Pusieron a su disposición la pequeña furgoneta con la que le habían secuestrado y se apretujaron los dos al lado del conductor. La señora Rapaport colocó un brazo sobre el hombro de Yúrek, quizás porque no había bastante sitio. Esta proximidad reconfortó a Yúrek.

Cruzaron el Vístula y después de una hora larga de viaje llegaron a Blonie. Al principio, cruzaron frente a casas de pueblo con tejados de paja y pequeñas granjas, pero pronto llegaron a una calle de viviendas bajas, de madera o de madera y ladrillo. De pronto, Yúrek exclamó:

- ¡El horno!

El vehículo se detuvo. La puerta estaba cerrada. Corrió a la herrería, pero allí no había nadie. El lugar parecía abandonado. Yúrek, sin dudar, cogió de la mano a la señora Rapaport y la arrastró tras él. Al cabo de un momento, los dos se encontraron frente a una casa totalmente derruida.

- Aquí vivíamos -dijo Yúrek con el corazón encogido.

Dirigió la mirada al otro lado de la calle y se le iluminó el rostro.

- ¡La tienda de la señora Staniak! -exclamó, arrastrando de nuevo a la señora Rapaport. Entraron. Detrás del mostrador había una mujer mayor. Al ver a Yúrek puso unos ojos como platos. Un grito de asombro salió de su boca:

- ¡Srúlik!

La señora Staniak palideció, se llevó la mano al corazón y se apoyó torpemente en el mostrador.

- ¡Srúlik, estás vivo!

Ahora sabía su nombre. Sí, se llamaba Srúlik. No Yúrek Staniak.

La señora Staniak se recuperó, cerró con llave la tienda y los llevó a los dos a su casa. Trajo té con pasteles y se sentaron a la mesa.

- Tu madre y tu hermano David murieron en la carretera, los tirotearon no muy lejos de Blonie -explicó.
- ¿Se acuerda, por casualidad, del apellido de Srúlik?
- Claro, como del mío propio: Fridman. ¿Él no se acuerda?
- No, dice que su nombre es Yúrek Staniak

La señora Staniak se rio.

- ¿Quién te puso ese nombre?
- Papá.
- Seguramente quiso que te fuera fácil de recordar -dijo la señora Staniak.
- Recuerdo muy bien a toda esta familia. Éramos buenos vecinos. Mi marido y yo participamos una vez en la cena de la Pascua judía y ellos vinieron para ver cómo celebrábamos nuestras fiestas. Srúlik, ¿te acuerdas cuando venías a mi casa para ver el árbol de Navidad?

Yúrek rio, se acordaba. Se rio porque, de repente, le vino a la memoria lo que pasó cuando su hermano y él regresaban a casa después de contemplar el abeto adornado con las velas y la estrella. Sus padres en aquel momento no estaban y su hermano, con un golpe de martillo, se reventó un grano que tenía en la cabeza.

- Tu hermana mayor se llamaba Faigue. Al estallar la guerra huyó con tu tío a Rusia. La segunda se llamaba Malka y tus otros dos hermanos se llamaban Yosef y David. Y tú eres Srúlik, el menor.

La señora Staniak le sonreía.

- ¿Cómo se llamaban el padre y la madre de Srúlik? -preguntó la señora Rapaport.
- El padre se llamaba Hersz y la madre Riwa. Era una hermosa mujer.

Él intentó de nuevo recordar el rostro de su madre, pero esta vez tampoco lo consiguió. El de su padre lo recordaba muy bien.

Se despidieron de la señora Staniak, que besó al niño y estrechó la mano de la señora Rapaport. Al regresar a la furgoneta, la señora Rapaport le abrazó y le dijo:

Ahora, Srúlik, buscaremos a tu hermana Faigue.

- Bien. pero quiero continuar siendo Yúrek.
- Respetaré tu voluntad -dijo.

Durante el trayecto de vuelta, Yúrek estuvo encerrado en sí mismo, inmerso en sus pensamientos. Los recuerdos volvían como destellos, desbordándole. Alguien daba vueltas a un pollo por encima de su cabeza. Limpiaban la casa, sacaban la paja de los colchones y los rellenaban con paja nueva. Recordaba la disposición de las camas en la habitación y se veía a sí mismo durmiendo con su hermano David. También recordaba el rincón del baño. ¿O acaso era el de la familia Kowalski? También recordaba el cubo que sacaban al balcón las noches de invierno, porque el retrete, de madera, construido sobre un agujero excavado en la tierra, estaba fuera. Y cómo su abuelo le llevó consigo a la tienda del sombrerero tartamudo y le compró una gorra con una borla en medio. Se le representaba con claridad la alacena con dos puertas y dos cajones en la parte de abajo, donde su madre escondía el pastel. Los recuerdos se entremezclaron y se transformaron en un extraño sueño.

- Yúrek, despierta.

Su madre se inclinaba hacia él para despertarlo. Enseguida descubrió que la voz pertenecía a la señora Rapaport, pero tenía cerca el rostro de su madre, claro y penetrante

como si estuviera allí en aquel instante. Yúrek se le aferró con todas sus fuerzas. No, nunca volvería a olvidarlo.

- Ya hemos llegado -dijo la señora Rapaport.
Abrió los ojos. Recordaba el rostro de su madre.